

de las que sacan buenos cuartos al regresar de su viaje.»

La Nueva Francia se distinguía también, al parecer, de la Nueva España por la manera como en ella eran tratados los indígenas. «No quisiéramos, dice Lescarbot, exterminar estos pueblos aquí como ha hecho el español en las Indias.» Poutrincourt quiere convertirlos no «por la fuerza de las armas» y la violencia, sino por la predicación y los buenos ejemplos.

Pero los ejemplos no eran siempre buenos. Los franceses daban á los salvajes el espectáculo de sus discordias religiosas. De Monts, que era protestante, habíase llevado consigo á un sacerdote católico y á un ministro reformado. «He visto, dice Champlain, al ministro y á nuestro cura batirse á puñetazos por la cuestión religiosa, ventilando así sus puntos de controversia.»

Los mismos católicos no se entendían entre sí, y las consecuencias de este desacuerdo fueron graves. Después de la muerte de Enrique IV, los jesuitas establecidos en Puerto Real riñeron con Poutrincourt y, separándose de éste, se establecieron en el límite de las posesiones inglesas, en un sitio que denominaron San Salvador y en el que construyeron un fuerte. Los ingleses se apoderaron de éste (marzo de 1613) y algunos meses después avanzaron hasta Puerto Real y lo destruyeron (noviembre). De los colonos, unos murieron de hambre y otros se refugiaron entre los indígenas; Poutrincourt, desesperado, regresó á Francia y murió, durante los disturbios de la regencia, en el sitio de Mery-sur-Seine (1615).

Como se ve, el gobierno para nada intervino en ninguna de esas empresas de ultramar y protegió la colonización de una manera tan poco onerosa como protegía el comercio y la industria. Se conoce que Sully tiene las llaves de la caja y dispensa la protección más barata posible. El superintendente es hostil á todo lo que cuesta dinero, á las obras de ostentación y á las aventuras, y por otra parte el estado de la hacienda no consiente prodigalidades.

De suerte que el mérito de la renovación de Francia se debe, en su mayor parte, á Francia misma; Enrique IV aseguraba el orden en el interior y la paz en el exterior, y la energía de la nación hacía lo demás.

CAPÍTULO V

EL ORDEN INTELECTUAL Y MORAL (I)

I. La política religiosa del rey. — II. El clero y la Iglesia católica.
III. La enseñanza

I.—La política religiosa del rey

Gracias al orden y á la seguridad, el país restauraba sus fuerzas, todas sus fuerzas, y renacía en él la vida intelectual y religiosa.

Es indudable que Enrique IV, como todos los hombres de su tiempo, deseaba la unidad de fe en su reino;

(1) FUENTES: Berger de Xivrey y Guadet, *Lettres missives*, IV-VII y IX. Halphen, *Lettres inédites du roi Henri IV à M. de Sillery, ambassadeur à Rome*, 1.º de abril-27 de junio de 1600, 1866. Dussieux, *Lettres intimes de Henri IV*, 1876. Palma Cayet, *Chronologie novenaire et septenaire. Mercure français*, I. Du Perron, *Discours véritable de la conférence tenue à Fontainebleau*,

y esta unidad sólo podía realizarse en provecho del catolicismo que tenía en su favor el número y la posesión. Enrique IV favoreció, pues, á los protestantes que, imitando su ejemplo, volvían al seno de la Iglesia tradicional, pero mantuvo resueltamente la paz religiosa; y cuando anunciaba á Roma con gran ostentación la conversión de Fresne-Cayé, su consejero, ó la de Guy de Laval, señor muy ilustre, y aun más la de algunos pastores, hacía lo para sacar de estos hechos la consecuencia de que la persecución era tan inútil como peligrosa y de que la herejía se extinguiría por sí misma. Pero los jefes protestantes, á excepción de Sully, no querían comprender que el nuevo converso tuviera necesidad de hacer alarde de su ortodoxia para defender su conducta tolerante, y así vemos que La Tremoille echaba pullas (2), De Aubigné estallaba indignado, Bouillon intrigaba y Du Plessis-Mornay se enfurrnaba.

La masa de los protestantes no tenía por qué quejarse, pues en aquella época era Francia el país de Europa en donde se veía mejor tratada la minoría disidente. Cierta que Enrique IV ponía gran empeño en convencer á los católicos de la sinceridad de su conversión; mas no por esto se olvidaba de afirmar su voluntad de mantener el edicto de Nantes, «su edicto.» Siempre que la política ó las circunstancias le obligaban á favorecer alguna de las dos Iglesias, ofrecía á la otra, ó dejaba que ella misma se tomara, alguna compensación; así por ejemplo, si por un lado permitió la vuelta de los jesuitas, por otro prolongó el privilegio de las plazas de seguridad concedido á los protestantes y toleró que los rochelenses aumentasen las fortificaciones de la ciudad. Sus delegados, Du Perrón y De Ossat, habían ofrecido, al ser absueltos, el restablecimiento del catolicismo en el Bearn. Después del edicto de Nantes, el rey autorizó la libertad del culto católico en doce ciudades, nombró dos obispos, en Lescar y en Olorón, y aun les permitió que formaran parte del Consejo supremo del Bearn, pero se negó á restituirles los bienes eclesiásticos que Juana de Al-

1600. Du Plessis-Mornay, *Reponse à l'écrit publié par le sieur évêque d'Evreux Du Perron sur la conférence de Fontainebleau*, 1600. Agrippa d'Aubigné, *Sa vie et ses enfants*, «Oeuvres complètes» (ed. Reaume y de Caussade), I, 1873. L'Estoile, *Mémoires-journaux*, VII-X. *Collection des procès-verbaux des Assemblées générales du Clergé de France depuis 1560, 1767*, I. Fontanon, *Les Edicts*, etc., IV. L. Abelly, *La vie de Saint Vincent de Paul, instituteur de la Congregation de la Mission*, 1664.

OBRA DE CONSULTA: Strowski, *Saint François de Sales. Introduction à l'histoire du sentiment religieux en France au XVII^e siècle*, 1898. Padre Houssaye, *M. de Berulle et les Carmélites de France (1575-1611)*, 1872. El P. Prat, *Recherches historiques et critiques sur la Compagnie de Jésus en France du temps du P. Colon*, 1876, I-III. Picot, *Essai historique sur l'influence de la religion en France pendant le XVII^e siècle*, 1824, 2 vol. Robiou, *Essai sur l'histoire de la littérature et des mœurs pendant la première moitié du XVII^e siècle*, 1858, tomo I (único publicado). C. Urbain, *Nicolas Coeffeteau...* (1574-1623), 1893. Padre Feret, *Le cardinal Du Perron*, 1877; del mismo, *Henry IV et l'Eglise*, 1875; del mismo, *La Faculté de théologie de Paris et ses docteurs les plus célèbres*, tomo I, siglo XVI, 1900. Jourdain, *Histoire de l'Université de Paris au XVII^e et au XVIII^e siècle*, 1862-1866. Donarache, *L'Université de Paris et les Jésuites*, 1888. J. Delfour, *Les Jésuites à Poitiers*, 1604-1762, 1902. Massip, *Le Collège de Tournon en Vivarais*, 1890. Gabriel Compayré, *Histoire critique des doctrines de l'éducation en France depuis le XV^e siècle*, 2.ª ed., 1880, I.

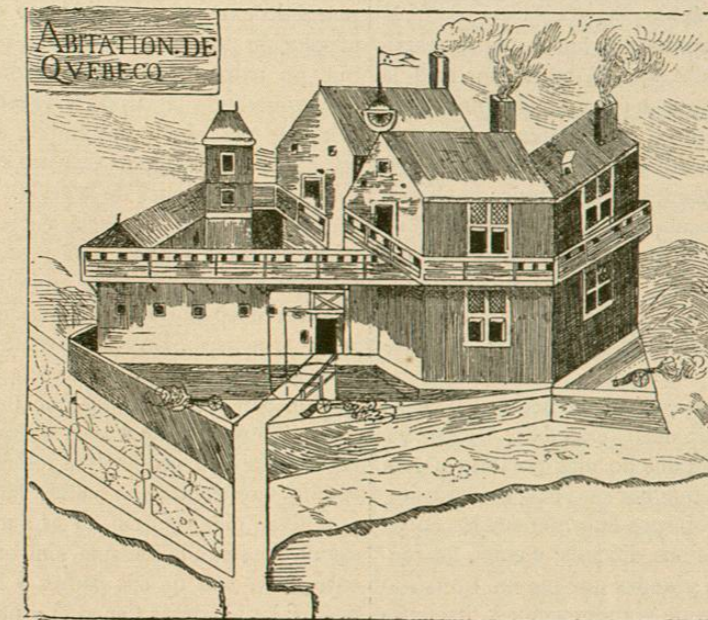
(2) Murió en 1601.

bret, su madre, había confiscado en provecho del Edicto y de la Iglesia reformada (1).

Enrique IV miraba con malos ojos á los que turbaban su obra de apaciguamiento. Du Plessis-Mornay, retirado en su gobierno de Saumur, inició contra el catolicismo una guerra de erudición, y en el mismo año del edicto de Nantes, publicó un *Traité de l'Institution de l'Eucharistie* («Tratado de la Institución de la Eucaristía») para demostrar que el sacrificio de la misa, la invocación de los santos y el Purgatorio eran invenciones recientes de la Iglesia católica romana. El

la presidencia del Canciller, á dos católicos, Pithou, abogado del Parlamento de París, y el historiador De Thou, y á dos reformados, Fresne-Cayé y el sabio Casaubón, agregándoles á su médico, el señor Martín, «hombre muy singular en toda clase de ciencias y particularmente en lenguas latina, griega, hebrea y árabe.»

Du Plessis-Mornay comenzaba á asombrarse de todo aquel aparato y á sentir cierta inquietud, y se acordó algo tarde de pedir que Du Perrón le comunicara anticipadamente los quinientos textos recusados. En vista de la negativa de Du Perrón, disponíase aquél á salir



Quebec en 1608, copia de un dibujo de Champlain

libro causó escándalo, porque en él se atacaba la presencia real, ó sea la creencia más cara á los católicos, y se identificaba al papa con el Anticristo.

El rey, á quien costaba no pocos esfuerzos justificar cerca de la Curia romana la publicación del Edicto, mostróse muy irritado de la aparición de aquella obra.

Du Plessis-Mornay había entresacado ó hecho entresacar, sin gran cuidado y con poco espíritu crítico, en el Nuevo Testamento, en los Santos Padres y aun en los mismos escolásticos, todos los testimonios que podían apoyar su tesis; pero entre los cinco mil textos de que tanto se envanecía, los doctores católicos demostraron, sin gran trabajo, que había varios falsos, incompletos ó mal interpretados. Con la autoridad que le daban su talento y su categoría en la Iglesia de Francia, el negociador de la absolución pontificia, Du Perrón, obispo de Evreux afirmó que probaría la existencia de quinientos errores en el «Tratado de la Institución de la Eucaristía;» Du Plessis se creyó obligado á aceptar el reto, y su contrincante tomó pretexto de ello para convertir en controversia pública una simple comprobación de textos.

El rey quiso presenciar la discusión y darle la mayor solemnidad, á cual fin nombró jueces del debate, bajo

(1) El edicto de Fontainebleau de 15 de abril de 1599 para el restablecimiento del catolicismo en el Bearn, ha sido publicado en el «Bulletin de la Société du Protestantisme français», XLVII, 1898, págs. 332 y sig.

de Fontainebleau, pero habiendo el rey amenazado con hacer examinar, después de su partida, el libro, convínose en que Du Perrón comunicaría diariamente á Du Plessis-Mornay sesenta textos y le dejaría algunas horas para comprobarlos.

La conferencia se efectuó el día 4 de mayo en Fontainebleau, en presencia del rey, de los príncipes, de los grandes señores, de los funcionarios de la Corona, de los secretarios de Estado, de varios obispos, y de algunos centenares de espectadores. El Canciller manifestó que Su Majestad había permitido aquella conferencia entre dos hombres doctos, «no para discutir puntos concernientes á la doctrina y á la materia de la religión,» sino solamente para que se aclarara «la verdad literal ó la falsedad de dichas alegaciones.» Al mismo tiempo afirmó «la resolución firmísima y muy cierta» del Rey «de que se cumpliera su edicto de Nantes.»

Du Plessis no había tenido tiempo de comprobar más que diez y nueve de los pasajes incriminados; había pasado una parte de la noche en aquel trabajo y se presentó rendido de fatiga ante un adversario que confiaba en sí mismo, que estaba seguro de las simpatías del rey. De la discusión salió muy mal parado: en un caso, había tomado como opinión de Duns Escoto una opinión que precisamente refutaba este doctor escolástico; en otro, había reproducido algunas frases de San Juan Crisóstomo que se prestaban á todas las interpretaciones; en tal pasaje, había citado en vez del texto

de la ley la versión de un cierto Crinitus, «autor reciente y sin ninguna autoridad;» en cual otro había fundido en uno solo dos pasajes de San Bernardo. De una respuesta de Cirilo, patriarca de Constantinopla, que se burlaba de los cristianos porque despreciando el culto de las ancilas (escudos sagrados) habían abrazado el de la cruz, Du Plessis-Mornay había deducido que en aquella época la cruz no era adorada. En aquel punto de la discusión intervino el rey diciendo: «No es verosímil que Juliano el Apóstata hubiese censurado á los cristianos porque adoraban la cruz, si realmente no la hubiesen adorado; de lo contrario habría dado motivo para que se burlaran de él.»

Du Plessis-Mornay abandonó la lucha y el rey escribió al duque de Eperón una carta destinada á la Francia católica en la que le decía: «Amigo mío: la diócesis de Evreux ha ganado á la de Saumur. El portador de la presente estaba allí y os explicará las maravillas que he hecho.» Preocupado ante todo de dar satisfacción al papa y á los católicos, no comprendió cuán odioso era hacer pública la derrota de su antiguo y fiel servidor.»

II.—El clero y la Iglesia católica

El clero católico era instruido, pero necesitaba reformarse. Los reyes, á partir del Concordato, habían llenado la Iglesia de obispos mucho más notables por su mérito ó por su alcurnia que por sus virtudes clericales. La mayoría de aquellos obispos eran personajes cortesanos que vivían lejos de sus diócesis; y como las rentas de los obispados, por grandes que fuesen, no bastaban para sostener su tren de grandes señores, hacíanse otorgar por el rey otros beneficios. Así por ejemplo, el cardenal de Joyeuse, arzobispo de Tolosa y luego de Ruán, que falleció en 1616, disfrutaba de seis abadías: Fecamp, Saint-Martin de Pontoise, Mont-Saint-Michel, Notre-Dame de Chambons, Laulne y Juilly.

Las abadías pagaron toda clase de servicios, lo mismo de guerra que de corte; y en vez de ser reservadas á los mejores monjes, habían sido otorgadas no sólo á obispos, sino hasta á hidalgos, mujeres y niños, como suplemento de rentas, como recompensa, como favor: el poeta Desportes había recibido de Enrique III un rico beneficio en premio de unos versos amorosos; y Pedro de Bourdeille, atrevido capitán y aun más atrevido historiador de las Damas galantes, es más conocido con el nombre de Brantome, que era el de su abadía. Los clérigos y los laicos que tenían, como se decía, los beneficios en encomienda, reservábanse la mayor parte de las rentas y sólo dejaban á los religiosos lo suficiente para ayunar con más frecuencia de la que habrían querido; y del mismo modo explotaban los curatos, percibiendo las rentas de éstos y procurándose á bajo precio un sacerdote que dijera la misa y administrara los sacramentos. Los obispados se daban como las abadías, y cuando el donatario no era clérigo ó estaba ya en posesión de otra diócesis, tomaba un sustituto, «confidenciario ó guardián,» que hacía sus veces y le entregaba una parte, á veces la mejor, de las rentas.

La Nobleza se acostumbraba á considerar los bienes eclesiásticos como recompensa del valor ó del favor. La Iglesia era una carrera y un recurso; los segundones

ponían sus miras en las abadías y en los obispados, y las jóvenes solteras en un retiro honroso y en la vida mundana sin los deberes de familia. La alta burguesía profesaba las mismas ideas y alimentaba para sus hijos las mismas ambiciones.

Después habían estallado las guerras civiles. Algunos conventos habían sido arruinados, otros secularizados por los hidalgos de las cercanías ó por capitanes; los laicos poseedores de beneficios vitalicios trataban de convertirlos en hereditarios; el rey había dado abadías hasta á varios protestantes; y en muchos sitios había desaparecido el servicio religioso. En el período comprendido entre el advenimiento de Enrique IV y la absolución pontificia, habían fallecido muchos obispos que no habían sido reemplazados, y los monjes habían empuñado las armas y vagado por plazas y calles y habían perdido la costumbre, si es que aun la conservaban, de la vida del claustro, de los rezos en común y de las obligaciones de la regla.

El cardenal de Florencia, Alejandro de Médicis, que había venido á Francia para negociar la paz de Vervins, escribía á Roma, el 8 de septiembre: «Las rentas de muchos obispados vacantes pertenecen á soldados, mujeres, príncipes... En los conventos, exceptuando los de los Cartujos, ya no se observa la regla... Los reformados de San Bernardo guardan buena conducta... Los Capuchinos están aquí bien vistos... Los Celestinos se portan bien, lo propio que los monjes negros de San Benito. Los demás son malos, dan grandes escándalos y motivan muchas quejas.» «La mayoría de las religiosas no observan la clausura, sino que permanecen meses enteros en casa de sus padres y llevan vestidos inmodestos; las abadesas tienen el aspecto de herederas.»

El obispo del Mans, Claudio de Angennes de Rambouillet, en nombre de la Asamblea general del Clero, había, el año anterior, llamado la atención del rey sobre esos desórdenes (1596), diciéndole, entre otras cosas, que la mayor parte de las abadías pertenecían á laicos. Una información practicada sólo en 25 diócesis, había puesto de manifiesto que existían 120 abadías sin abades (legítimos). De 14 arzobispados, «seis ó siete carecen de pastores y alguno hay que no ha visto ninguno desde hace cuarenta ó cincuenta años; de unos 100 obispados, se calcula que hay unos treinta ó cuarenta completamente desprovistos de titulares,» y al frente de varios otros se encontrarían, si se buscara bien, clérigos confidenciarios y guardianes. «Estando estos apriscos así desprovistos de verdaderos pastores..., las ovejas de Dios están dispersas y los rebaños maleados y arruinados.»

Las costumbres del bajo Clero antes de las guerras de religión eran tan malas, que es difícil que pudieran haber empeorado; pero de todos modos se nos presentan más violentas y más cínicas. El bajo Clero de aquella época no es una especie de burguesía que se distingue siquiera por la regularidad de su vida de la masa de las gentes palurdas de que procede, sino que bebe, come y se divierte con ellos y como ellos. En la descripción de los placeres rústicos de Noel du Fail, ese observador tan perspicaz, el párroco Jacquinet, después de haberse hecho rogar un poco (pero muy poco), toma parte en las danzas de los aldeanos y hace dar vueltas á las vigorosas comadres hasta hacerles perder el alien-

to. Los sacerdotes y los monjes son gentes del pueblo, muy del pueblo.

En el alto Clero había prelados rígidos, como Francisco de La Rochefoucauld, obispo de Clermont, otros sabios, como Du Perrón, obispo de Evreux, y muchos poco celosos (*accurati*), pero todos comprendían la necesidad de una reforma para luchar contra el protestantismo. La Asamblea del Clero, de 1596, llamaba la atención del rey sobre el nombramiento de personas indignas ó de niños para las abadías, obispados y otros beneficios de cura de almas, así como sobre la dilapidación de los bienes de la Iglesia.

Enrique IV acogió bien aquella representación y respondió: «Que no quería nombrar para los obispados más que personas capaces, que supieran predicar y desempeñar sus cargos, como también quería cuidar de proveer dignamente los demás beneficios;» y en letras patentes (registradas en el Parlamento en mayo de 1596) amonestaba á los obispos, á los arzobispos y jefes de Órdenes que «atendieran cuidadosamente á la reforma de los monasterios,» y ordenaba á sus procuradores generales que «ayudaran al cumplimiento de las ordenanzas que dictasen dichos prelados.»

Nombró obispos á algunos hombres de bien, como De Ossat, y trató de traer á Francia á Francisco de Sales, obispo de Annecy, célebre ya como polemista, predicador y director de almas; sin embargo, la Asamblea del Clero, en 1605, sin dejar de alabar el celo del monarca, se lamentó de la persistencia de los abusos. El rey se envaneció con los elogios: «En cuanto á las elecciones, dijo, ya veis como procedo en ellas, y me siento glorioso de ver que los que yo he nombrado son tan distintos de los de pasados tiempos; el relato que de ello me habéis hecho redobla aún mi ánimo para hacer más en lo poverir.» En cambio acogió con disgusto las quejas: «Por lo que hace á las simonías y confidencias, empezad por curaros vosotros mismos y por excitar á los demás, con vuestros buenos ejemplos, á portarse bien.»

Esto no obstante, en diciembre de 1606, publicó un «Edicto sobre las quejas y representaciones del Clero» en el que prometía una vez más proveer las prelaturas, abadías y otros beneficios de su nombramiento con personas de mérito, calidad y requerida suficiencia y no nombrar á abadesas más que á religiosas que hubiesen hecho sus votos diez años antes ó que hubiesen ejercido durante seis años un cargo claustral. A pesar de esto, lo mismo antes que después del edicto, se inspiró en sus elecciones, las más de las veces, en sus pasiones y en su interés. En 1604 había nombrado obispo de Lodeve á Carlos de Levis, hijo del duque de Ventadour y nieto del Condestable, que sólo contaba cuatro años, y sobre esto bromeaba en una carta á María de Médicis (24 de octubre de 1605): «Celebraré la fiesta de Todos los Santos donde me encuentre. El señor de Lodeve es mi confesor; juzgad, pues, cuán poco me costará conseguir la absolución.» A la muerte del cardenal Carlos de Lorena, obispo de Metz (1607), rogó al cabildo de aquella ciudad que «postulara» para obispo á su hijo bastardo, Enrique de Verneuil, que tenía entonces seis años (1); el niño fué elegido, y el papa, aunque se

(1) Los tres obispados no estaban sujetos al Concordato; el rey no tenía el derecho de nombramiento en ellos, sino que el papa era quien nombraba, á presentación del cabildo.

negó á nombrarlo, le otorgó, para no irritar al rey, una pensión de 10.000 escudos sobre las rentas del obispado y le dió letras de accesión, «en virtud de las cuales, á la primera vacante de la sede de Metz, le sería ésta adjudicada sin necesidad de otra elección.» Los canónigos eligieron al cardenal de Givry (Mariano de Peyrusse des Cars), que tenía sesenta y dos años y que murió en 19 de abril de 1612, siendo entonces obispo Enrique de Verneuil, á la edad de diez años y medio.

No cumplía mejor el rey la promesa que había hecho de no nombrar abadesas más que á religiosas; en efecto, cansado muy pronto de su querida la señorita de La Haye, de la cual había tenido una hija, Juana de Francia, enviola á Fontevrault en espera de la vacante de una abadía que le destinaba (marzo de 1605). Además, dió dos abadías al protestante Sully para decidirle á que pagara á Enriqueta de Entraques el precio de sus primeros favores.

Imagínese lo que podían ser las casas religiosas bajo el gobierno de abades comendatarios ó de abadesas de alcoba. El obispo de Belley, Camús, refiere graciosamente que un abad vecino suyo, gobernador de una ciudad, casado y hugonote, instaló una yegüería en los edificios de su abadía, incluso «en los lugares destinados á la regularidad;» reunió allí «gran número de yeguas, que son muy grandes y muy hermosas en Bresse,» envió á buscar «garañones de España y de Alemania, y grandes asnos de Auvernia, que son de enorme altura, para obtener mulos;» y encerró los henos, paja y otros forrajes en la iglesia, en donde apenas quedaba libre una parte del coro alrededor del altar mayor para los oficios religiosos. En la casa abacial alojábanse varios soldados hugonotes que cantaban sus salmos y hacían vida alegre. En cuanto á los monjes, el abad los trataba bien, los halagaba y los obsequiaba como abad y como capitán. «Aquel convento se convirtió en una iglesia militante, ya que no veías más que monjes cazando con los soldados, todos con el arcabuz al hombro; y los monjes sólo salían montados en grandes caballos y de los mejores y así recorrían el país, siempre bien armados con espada y pistola.» Camús dice que esto sucedía cuando él fué nombrado obispo de Belley, es decir, hacia 1609.

Tal era el estado de ciertos monasterios á fines del reinado de Enrique IV; pero aun había peores desórdenes, incluso en el clero secular. «Me horroriza, decía un obispo á Vicente de Paul, pensar que en mi diócesis hay casi siete mil sacerdotes borrachos ó impúdicos que suben todos los días al altar y no tienen ninguna vocación.»

Iniciábase, sin embargo, un movimiento de renovación religiosa: la reforma de las órdenes monásticas comienza espontáneamente y algunos prelados, como Antonio de Sansac, arzobispo de Burdeos, fallecido en 1591, y Cosme Clauso de Marchaumont, obispo de Chalons-sur-Marne desde 1575 á 1624, se distinguen por su piedad.

En muchas familias liguistas ó semiliguistas, la pasión se ha convertido en piedad activa y crea algunos buenos obreros de la restauración católica, como la señora de Sainte-Beuve, hermana de los obispos liguistas Hannequin, que fué la protectora de los Jesuitas y la fundadora de las Ursulinas; Berulle, cuya madre era una